

Vilém Flusser

# LA HISTORIA DEL DIABLO

---



INTERZONA

Te invitamos a leer  
las primeras páginas de este libro,  
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,  
acá podés conseguir tu ejemplar.

**COMPRAR LIBRO**



# LA HISTORIA DEL DIABLO



Vilém Flusser

# LA HISTORIA DEL DIABLO



Traducción de Diego Cepeda

**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Flusser, Vilém

La historia del Diablo / Vilém Flusser - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2024.

240 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Diego Cepeda.

ISBN 978-987-790-106-1

1. Ensayo. 2. Ensayo Filosófico. 3. Ensayo Literario.

I. Cepeda, Diego, trad. II. Título.

CDD 198

---

*A história do Diabo* fue publicada por primera vez en São Paulo en 1965

© Herederos de Vilém Flusser, 2024

© De la traducción, Diego Cepeda, 2024

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Edición: Fernando Ozón

Traducción: Diego Cepeda

Corrección: Fátima Nieves García

Imagen de tapa: Intervención sobre ilustración de Gustave Doré para *El paraíso perdido* de John Milton

Obra publicada con el apoyo de la Fundación Biblioteca Nacional del Ministerio de Cultura de Brasil y del Instituto Guimaraes Rosa del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil.

*Obra publicada com o apoio da Fundação Biblioteca Nacional do Ministério da Cultura do Brasil e do Instituto Guimarães Rosa do Ministério das Relações Exteriores do Brasil.*



BIBLIOTECA NACIONAL



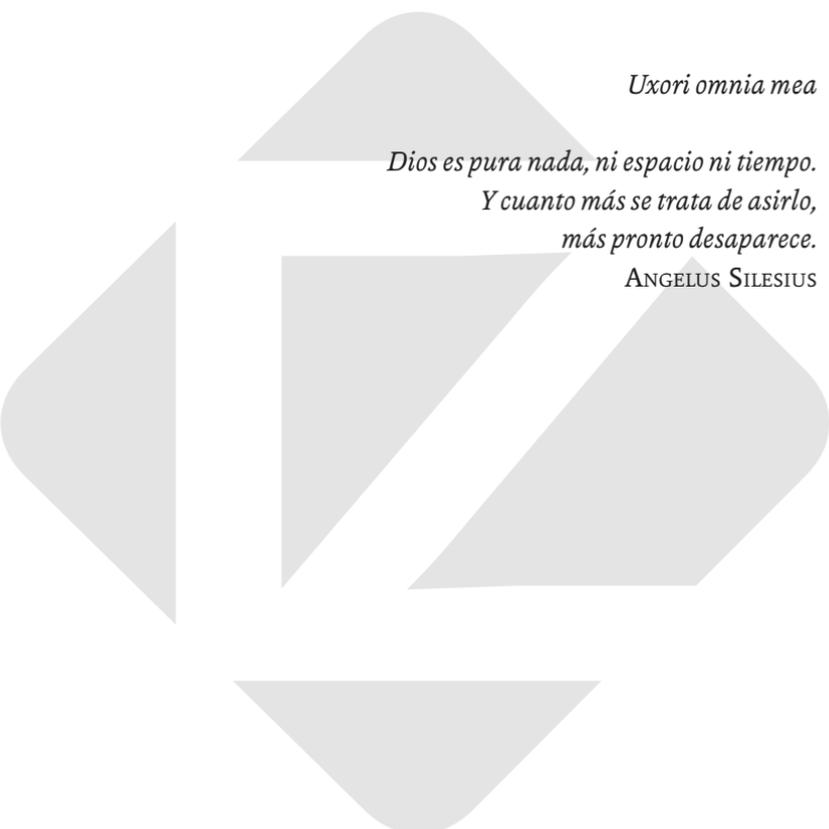
IGR  
Instituto Guimarães Rosa

ISBN 978-987-790-106-1

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*Uxori omnia mea*

*Dios es pura nada, ni espacio ni tiempo.*

*Y cuanto más se trata de asirlo,*

*más pronto desaparece.*

ANGELUS SILESIVS

## PREFACIO

Las meditaciones que presento al público en forma del presente texto son, en gran parte, resultado de diálogos con libros y personas. Dado el carácter de estas meditaciones, esto es, dadas las deformaciones continuas que sufren mis interlocutores en el curso de las meditaciones, no mencionaré los libros. En otras palabras, no doy bibliografía, pero no puedo dejar de mencionar a algunas de las personas.

Estas meditaciones tuvieron, en efecto, dos fases. La primera inició con mi expulsión por los nazis de una realidad llamada “Praga”, y resultó en anotaciones en alemán que no fueron publicadas. La segunda fase comenzó con mi integración en la realidad llamada “Brasil”, y resultó en el presente libro. Dos personas tuvieron una influencia decisiva sobre la primera fase: Alexandre Bloch y Helmut Wolff, ambos radicados en São Paulo. Quedé en el fuego cruzado entre sus dos mentalidades opuestas: entre tristeza y lujuria, ambas en búsqueda de una fe salvadora. Mi mente se volvió un campo de lucha entre estas dos influencias; espero que ambos se reconozcan en mi espejo, aunque de manera retorcida. En la segunda fase sufrí cuatro impactos: el primero vino de un grupo de chicos y chicas, representantes de lo mejor que hay en nuestra juventud. Los otros tres son João Guimarães Rosa, Vicente Ferreira da Silva y Anatol Rosenfeld.

El grupo de chicos y chicas, amigos de mi hija, se reunía en mi casa para “discutir”, es decir: para buscar una salida honesta a la situación que nos rodea. Mencionaré a Mauro Chaves, Celso Lafer,

Alan Meyer y J. C. Ismael, por no poder nombrarlos a todos: con ellos perdí pronto mi supuesta superioridad en la lucha intelectual. Espero que nuestros encuentros hayan contribuido a la formación de sus mentes, tanto como contribuyó al desarrollo de la mía. Si no me equivoco, la cultura brasilera puede esperar contribuciones significativas de estos jóvenes.

Mi contacto con João Guimarães Rosa ha sido esporádico, tomando en cuenta que él vive en Rio de Janeiro. Sin embargo, el diálogo con un espíritu tan ardiente y tan potente apenas es posible en intervalos: Guimarães Rosa desafía la esencia misma de la honestidad, y lo hace sin piedad. La grandeza de su lucha por la salvación moviliza en el interlocutor todas las fuerzas de defensa, y la estatura de su mente es un terrible desafío. No dudo en considerarlo uno de los grandes en la actualidad.

Vicente Ferreira da Silva participó en nuestras reuniones durante los últimos meses de su vida, cuando su pensamiento se preparaba para un nuevo salto, frustrado por la muerte. Nosotros, sus últimos compañeros en la aventura de la búsqueda, somos los custodios del tesoro que él no logró acuñar en forma de libro. Parte de ese tesoro está incrustado en las meditaciones a continuación.

La importancia que Anatol Rosenfeld tiene para mí no es, infelizmente, recíproca, pues no logré conquistarlo. Esta es, en efecto, una de mis derrotas más amargas. Para mí (aunque tal vez sea una proyección que hago sobre su figura), él representa la honestidad del intelecto cerrado humildemente sobre sí mismo. Él es para mí, por lo tanto, el modelo del crítico, y es en función y en temor a esa crítica que escribo. Aunque yo sepa que la limitación deliberada que ese intelecto se impone a sí mismo no puede abarcar todo el terreno en el que deambulo, admito que su pensamiento es pertinente, porque revela soberbia y tristeza. Escribo en constante lucha contra esta limitación deliberada.

Es obvio que las personas mencionadas no agotan las influencias personales que he tenido. Como ya lo dije, estoy integrado

en la conversación brasileira, en la medida en que tal cosa sea permitida. Debo decir que esta integración fue posible gracias al estímulo intelectual y editorial de Décio de Almeida Prado, sin cuya asistencia este libro no podría ser publicado. Este es mi intento de retribuir, en parte, las innumerables dádivas que he recibido. También es, de otra parte, la articulación de mi gratitud por la acogida que me dio esta sociedad, que puede ser cuna de una nueva civilización que superará el absurdo en que estamos todos sumergidos.

São Paulo, abril de 1965

## 1. INTRODUCCIÓN

La expresión “historia del diablo” tiene, desde el punto de vista etimológico, raíces profundas. El término “historia” se refiere a estratos que se suceden uno a otro, y la lengua alemana vincula “historia” (*Geschichte*) a “estrato” (*Schichte*). El término “diablo” se refiere a la confusión y, de manera inquietante, al concepto de “Dios”. Sin embargo, los acordes etimológicos evocados por la expresión “historia del diablo” serán apenas registrados por nuestro oído ingenuo y aceptados sin crítica, aunque con emoción, al intentar aproximarnos al príncipe de los estratos inferiores. La Divinidad se presenta en múltiples aspectos ante aquel que la busca, de manera que se vuelve inalcanzable por *embarras de choix*. Lo mismo ocurre con el intento de alcanzar al diablo. La Divinidad, sin embargo, es atemporal; solo es, y la corriente de los eventos transcurre en otro lugar. Si bien el diablo posiblemente es inmortal, sin duda surgió en un momento dado: nada en la corriente del tiempo o quizá la dirige, es histórico en el sentido estricto del término. Es posible afirmar que el tiempo comienza con el diablo, que el surgimiento del diablo (o su caída) representa el inicio del drama del tiempo, y que “diablo” e “historia” son dos aspectos del mismo proceso. Por lo tanto, podríamos afirmar que nuestra tentativa de escapar del diablo es otro aspecto de un intento de emerger de la temporalidad e ingresar al reino de las Madres inmutables. Sin embargo, tal afirmación demostraría una actitud negativa hacia él y haría que nos sobrepasen los prejuicios que nutrimos en su contra. Si queremos hacerle justicia, debemos evitar la influencia de la

propaganda antidiabólica que hace tanto tergiversa su imagen. Un príncipe que llenó de entusiasmo a tantas personas a lo largo de la historia humana, y en honor a quien muchos enfrentaron las llamas con dedicación ardiente –tantos mártires, tantas brujas, tantos hechiceros–; un príncipe tan glorioso merece que nuestra mente esté libre de prejuicios cuando nos acercamos a él, para, al menos, conocerlo parcialmente.

Nosotros, los occidentales, somos producto de una tradición oficial que pinta al diablo con colores negativos; es decir, como opositor de Dios. Esta tradición parece agotarse: últimamente, pocos occidentales se han dedicado a pintar al diablo. Ni siquiera las religiones parecen tener ahora al diablo en su cuerpo. Occidente hace silencio en cuanto al diablo y pretende haberlo olvidado, siguiendo la regla de “no pensar en él”. Es una actitud sospechosa. Hubo otras épocas, por ejemplo en los siglos XIII y XVI, en que el tema del diablo era discutido pública y apasionadamente. Eran épocas incómodas para el dominio del diablo. Una breve consideración de la actualidad y la historia reciente parece demostrar cómo se ha consolidado ese dominio desde entonces. Tal consideración es uno de los motivos de este libro.

Dije que nuestra tradición oficial concibe al diablo negativamente como un espíritu seductor, tramposo y aniquilador de las almas. Estos atributos diabólicos no deben ser valorados necesariamente de manera negativa, dado que permiten la pregunta: “¿cuál es la justificación del proceder del diablo?”. Si bien es innegable que son esos atributos los que predisponen nuestra mente contra el diablo; no son un punto de partida adecuado para las investigaciones de carácter diabólico que pretende este libro. Para conocer sus motivos, sus métodos y sus obras, es necesario buscar aspectos más positivos en su carácter. Esto no debería ser difícil; son tantos sus efectos y tantas sus manifestaciones en el mundo externo y en nuestro interior, que sus indicios abundan. Toda la sinfonía de la civilización, todo el avance de la humanidad contra los límites

impuestos por la Divinidad, toda la lucha prometeica por el fuego de la libertad; todo esto, desde la perspectiva del diablo, no es más que su majestuosa obra. O, desde el otro punto de vista, todo esto no es más que una ilusión creada por el diablo. La ciencia, el arte y la filosofía son los ejemplos más nobles de esa obra. Si consideramos cómo se han desarrollado estas actividades en el transcurso de la historia, y cómo se apartaron del ingenuo pecado original, habremos conseguido una primera visión de los múltiples aspectos positivos del carácter diabólico.

Sin embargo, tendremos dificultad para distinguir, en el río enorme de los fenómenos, la influencia diabólica de la divina. Esa dificultad es bien conocida por nosotros: es el tema de nuestra consciencia y, por lo tanto, de nuestra vida. Propongo simplificar el problema y obviar su dificultad en el transcurso de este libro. Llamaré “influencia divina” a todo lo que tienda a la superación del tiempo, e “influencia diabólica” a todo aquello que tienda a la preservación del mundo en el tiempo. Es una simplificación, pero tiene como excusa la tradición milenaria de Occidente. En consecuencia, lo “Divino” será concebido (si es que puede serlo) como aquello que actúa dentro del mundo fenoménico para disolverlo y salvarlo, para transformarlo en Ser puro y, por lo tanto, en intemporalidad. El diablo será concebido como aquello que actúa dentro del mundo fenoménico para mantenerlo y evitar que sea disuelto y salvado. Desde el punto de vista del Ser puro, lo “Divino” es el agente creador, y el “diablo” es la aniquilación. Sin embargo, desde el punto de vista de nuestro mundo, el “diablo” es el principio conservador y lo “Divino” será, eufemísticamente hablando, el fuego purificador del herrero. Estas consideraciones, en sí mismas, ya confunden nuestros conceptos tradicionales del cielo y del infierno. Es deber del diablo mantener el mundo en el tiempo. Una derrota definitiva del diablo (por inconcebible que sea) sería una catástrofe cósmica irremediable: el mundo se disolvería. Por el contrario, nuestra tradición nos enseña que el mundo fue creado

por Dios. Comenzamos a percibir los motivos positivos del diablo, mientras los divinos siguen oscuros. Podemos ahora intuir que el diablo nos es mucho más cercano que Dios, y que seguirlo es más cómodo y simple que perseguir los oscuros caminos divinos. La primera simpatía por el diablo se esboza en nuestro interior: reconocemos en él un espíritu semejante y, tal vez, tan infeliz como el nuestro. Debemos tener cuidado, sin embargo, en no exagerar esa similitud. El diablo (tal como lo concebimos aquí) conoce su deber, nosotros dudamos del nuestro. Su proyecto es claro y lo cumple, especialmente en la época actual, con éxito admirable. Por el contrario, nosotros somos “libres”, esto es, podemos seguir tanto al diablo como a la Divinidad y, por lo tanto, erramos en círculos mal trazados. El avance rectilíneo es cosa del diablo; si la humanidad ha progresado es gracias a él. Mientras como seres “libres” estamos apenas en la etapa de nuestro primer día, el diablo avanza en su camino y la historia canta la gloria de sus obras. La humanidad está tan cerca o lejos de su meta como lo estuvieron Adán y Eva. Es verdad que unos pocos entre nosotros parecen haber alcanzado a Dios, y otros parecen haber encontrado el camino del infierno, pero la gran mayoría sigue errando en el medio. La historia del diablo es la historia del progreso. Nuestro libro debería haberse llamado “evolución”, pero ese término habría causado malentendidos. La evolución como historia del progreso es la historia del diablo, una evolución que se procesa en múltiples estratos. En cada uno de ellos el diablo reacciona de manera diferente, en cada uno de ellos su progreso provoca nuestra admiración y nuestro asombro. Si escogemos al azar ejemplos de sus obras, y si contemplamos el progreso desde el elixir del amor hasta la vitamina E, o desde la escoba de la bruja hasta el Sputnik, tendremos una primera visión esbozada de los geniales métodos que él emplea.

El intento de describir el camino del diablo en múltiples estratos es, ciertamente, una de las tareas más emocionantes. Sin embargo, ese no será el método de este libro. Señalaremos, al pasar,

diversas fases del progreso diabólico, pero esa no es nuestra meta. Nuestra intención es una visión total del diablo. Nuestro problema será, por lo tanto, escoger una atalaya, subirla lo mejor que podamos y describir el paisaje que se despliega. Ante nosotros se ofrecen dos torres de manera insistente. La primera se llama “historia”, y tiene su comando sobre el paisaje de una metamorfosis de aspectos diabólicos, uno tras otro. Desde esa torre vislumbramos a la gran madre serpiente, a Ahriman, a Prometeo, y cómo ellos se transforman paulatinamente en ese filósofo científico y culto que representa al diablo hoy en día. Pero la atalaya de la historia revela un paisaje engañoso: las formas aparentemente superadas siguen activas, y la “psicología profunda” demuestra su vitalidad. El diablo sigue actuando arquetípicamente en las regiones cálidas y oscuras del subconsciente; en efecto, es en estas regiones que se siente a gusto. Se metamorfosea en la luz más o menos clara de la consciencia despierta. La evolución del diablo y la evolución de la vida son, como mínimo, paralelas. El reptil es perfectamente equiparable a la imagen del diablo sofisticado y elegante de nuestra época. Una de las tesis de este libro será, en efecto, la afirmación de que la evolución de la vida no es más que la encarnación de la evolución del diablo. Que el lector contenga su justa indignación: tendrá oportunidad, en el transcurso del libro, de darle rienda suelta. Lo que pretendo en este instante es apenas sembrar el germen de la siguiente duda: ¿quién está más poseído por el diablo?, ¿el protoplasma casi inerte de épocas inmemorables, con su paciencia humilde, o la hormiga devoradora y la humanidad especulante? La torre de la historia devela, por lo tanto, un paisaje demasiado superficial para servir de puesto de observación en este libro.

La segunda atalaya que se ofrece como observatorio es denominada “introspectiva”. En ella, el diablo se revela como la fuerza motriz de la mayoría de nuestras acciones y nuestros deseos. Es una torre sumamente seductora, pero me temo que, si fuéramos a subirla y describiéramos el paisaje que se ofrece a nuestra visión, el presente libro no sería publicable. Debemos, por lo tanto, rechazar estas dos

posibilidades y buscar una tercera. Por fortuna existe, y es la misma Iglesia católica la que la ofrece. Recurriremos a la vieja sabiduría de la Iglesia como método para el desarrollo de nuestro argumento.

Según esta sabiduría, el diablo recurre a los llamados “siete pecados capitales” para seducir y aniquilar nuestras almas. Es evidente que la Iglesia, en su propaganda antidiabólica, usa nomenclaturas un tanto tendenciosas para nombrar estos pecados, llamándolos “soberbia”, “avaricia”, “lujuria”, “envidia”, “gula”, “ira” y “tristeza”, o “pereza”. En el fondo, estos términos arcaicos son inocuos y fácilmente sustituibles por términos neutros y modernos. Eso es lo que propongo. La soberbia es consciencia de sí mismo. La avaricia es economía. La lujuria es instinto (o afirmación de la vida). La gula es el mejoramiento del estándar de vida. La envidia es la lucha por la justicia social y la libertad política. La ira es el rechazo a aceptar las limitaciones impuestas a la voluntad humana: es, por lo tanto, dignidad. La tristeza o pereza es el estado alcanzado con la serena meditación filosófica. Estos son, por lo tanto, los métodos a los que según la Iglesia recurre el diablo en su intento de eliminar la influencia divina. Este libro seguirá, obediente, la clasificación de los pecados. Mantendrá incluso sus nombres tradicionales, movido por el respeto a su edad. Sin embargo, dada la disposición inicial de evitar los prejuicios, no se considerarán estos nombres como peyorativos. Este libro intentará, por lo tanto, describir la evolución de las armas y los instrumentos diabólicos en los siete campos de los siete pecados. En este sentido, su tarea será histórica, aunque sea una acepción raramente usada del término “historia”. Este libro busca esbozar una visión de nuestra situación actual, que no es tan obvia como las visiones a las que estamos acostumbrados en los libros y revistas que actualmente se encuentran en boga.

Es claro que los siete pecados brotan de estratos ontológicos diferentes y abarcan planos distintos. Por ejemplo, la economía, la política y la tecnología son considerados pecados en el estrato social de la realidad; la consciencia de sí mismo, la dignidad y la calma

filosófica son pecados que tienen que ver con la realidad psicológica; el instinto y la afirmación de la vida pecan en la realidad de la biología. Pero esta cuestión de estratos es, a pesar de todas las ontologías de la filosofía tradicional, una cuestión compleja. Los estratos se cruzan y no admiten estar organizados o separados. En el fondo, los siete pecados son uno, son siete aspectos de la misma actitud. Todo pecado incluye los demás, y la Iglesia tiene razón al evitar una jerarquía entre ellos. Un alma poseída por el diablo a través del método biológico de la lujuria tiende a la soberbia en el campo de la psicología y a la envidia en el campo de la sociedad; las combinaciones posibles de pecados superan la imaginación del escritor. Los pecados capitales forman un único torrente que se despliega por debajo y por encima de la humanidad para arrastrarla hacia el progreso. Sin embargo, el presente libro se ve forzado por motivos de método a crear una jerarquía de pecados.

Ordenados de esta manera, los pecados servirán como etapas de la actividad diabólica. Pero los pecados, todos ellos, se refieren al hombre. La Iglesia está interesada únicamente en almas humanas. No obstante, sabemos que la obra diabólica, como se definió antes, supera de lejos el mero ámbito del hombre. Es evidente que nosotros también estamos interesados, principalmente, en el diablo “humano”, pero cierta honestidad intelectual exige que consideremos igualmente la actividad diabólica en campos inhumanos. Esta honestidad intelectual (que puede también ser llamada “sentido estético”) hace que nuestro primer capítulo presente un diablo prehumano o, desde nuestro punto de vista, prehistórico. Ese primer capítulo ofrecerá la siguiente ventaja: en él, el diablo aparecerá como agente éticamente neutro, desinteresado del hombre, lo cual permitirá, de nuestra parte, una contemplación exenta de prejuicios. Los siguientes capítulos estarán dedicados a los pecados *sensu stricto*, y estarán ordenados dentro de una jerarquía que llamaré “pseudohistórica”, pues es copiada de la imagen de historia ofrecida a nosotros por las llamadas ciencias naturales.

Por lo tanto, la lujuria será considerada el primero y más antiguo de los pecados, pues es gracias a ella que el diablo se encarnó en la materia muerta para eliminar la Divinidad. La distancia filosófica, lo que la Iglesia llama “tristeza o pereza” o “*dégagement*”, para ser más modernos, será considerado el último y mayor de los pecados, porque denota una etapa casi superhumana de la evolución, una etapa en la que el hombre se supera a sí mismo para fusionarse casi por entero con el diablo. Los demás pecados, que conformarán los temas de los capítulos intermediarios, tendrán sus gradaciones jerárquicas designadas de manera más casual. Por ejemplo: la ira será considerada consecuencia de la impotencia presente en la lujuria desenfrenada. La gula será vista como otra forma de lujuria, una lujuria sublimada, pero transferida a otro estrato de la realidad al estar sublimada. La envidia será concebida como antítesis dialéctica de la avaricia, y estos dos pecados como consecuencia de la gula. La soberbia, un nuevo cambio de estrato, será considerada como un giro reflexivo de los pecados sociales, como “ensimismamiento”. La tristeza o pereza será el giro completo y, por lo tanto, lujuria negativa, negación de la vida. Lujuria y pereza, los dos polos en el campo magnético de los pecados, serán antitéticos en un sentido más fundamental que la envidia y la avaricia. Con esa tensión dialéctica se cierra el círculo mágico de los pecados que este libro busca presentar a sus lectores. Como es un círculo, puede ser penetrado en cualquier punto, y aunque gire conducirá siempre e infaliblemente al infierno. La jerarquía propuesta por este libro es puramente accidental, ligeramente apoyada en la “historicidad” de la naturaleza e informada por prejuicios freudianos. La lujuria es tomada como punto de partida, porque este pecado es considerado por los freudianos como la misma fuente de la realidad. Naturalmente podríamos haber construido nuestro círculo, por ejemplo, a partir de la envidia, considerada por los marxistas como eje central de la historia y, por lo tanto, de la realidad. El recorrido del libro pudo haber sido distinto, pero su resultado

sería, creo, semejante. Otros pecados menos en boga actualmente, son igualmente dignos. Que el lector se contente con nuestra jerarquía inventada *ad hoc*.

En el capítulo de la lujuria observaremos las actividades diabólicas productoras de la vida. Será un capítulo lleno de savia. La ira, en el campo de la ciencia, es algo más seca, pero no menos diabólica, como intentaremos demostrar en el capítulo correspondiente. Enseguida daremos un salto ontológico para aterrizar en la gula, ubicada en el campo de la tecnología y del paraíso terrestre. Después de gozar los placeres de ese tipo de infierno, seguiremos nuestro camino para adentrarnos en los prados de los dioscuros envidia-avaricia, que son los de la lucha política y, en consecuencia, social. Sin participar en demasía de esa contienda diabólica, pero no sin dejar de admirar las bellezas de las artimañas del diablo en ella, avanzaremos rumbo a la soberbia. Al mencionar ese capítulo, sentimos nuestros impulsos más fuertes: es el capítulo de las artes. En él se comenzará a trazar, así esperamos, la quintaesencia del diablo: la belleza. En efecto, “soberbia” y “tristeza”, los dos últimos capítulos, son arte y filosofía, y suenan como términos o palabras con una melodía distinta a la de los demás pecados. Basta mencionar estas palabras para sentir el poder diabólico que ejercen: toda nuestra energía deberá movilizarse para no abalanzarnos hacia estos dos últimos capítulos que nos atraen poderosamente y conforman la meta de este libro en más de un sentido. Porque “soberbia” y “tristeza” son pecados de espíritu y, en tal sentido, son quizá la meta tanto del diablo como de la historia de la humanidad.

Este es, entonces, el programa de este libro, que debe ser llamado “diabólico” no solo por su tema, sino también por la confusión ética de la cual surge, una confusión característica del momento presente. Quien lo escribe es consciente del pecado que comete al escribirlo. Es igualmente consciente del pecado que cometería al no escribirlo. Esto es todo en cuanto a la estructura. En cuanto al motivo, ya fue parcialmente mencionado: este es el intento de

esbozar una escena actual en la que el diablo parece dominar de una manera nunca antes vista. Esta dominación casi indiscutible abarca tanto el mundo exterior como el interior, mundo que fue otrora llamado “alma”. El programa y el motivo han sido entonces mencionados. Queda hablar de la intención de este libro. Al confesarla, contenemos la respiración, pues esa confesión equivale a traicionar nuestra máscara, hasta ahora interpuesta entre nosotros y los lectores. La máscara es relativa objetividad ante el diablo. Digámoslo de una vez: la intención de este libro no es objetiva. Es verdad que la objetividad será un ideal que perseguiremos en las distintas partes y en las consideraciones que exponremos, pero no podrá mantenerse como un todo. Es imposible hablar del diablo en términos abstractos y fríos. Posar como tal, eso sí, es posible, y quizá productivo, pero no deja de ser una pose. En el fondo se debe temer al diablo, y temer significa rendirse o escapar con todas las fuerzas. La tercera posibilidad sería luchar, pero será solo al final de este libro que sabremos responder, subjetivamente, si la lucha parece existencialmente realizable. Sin embargo, podemos al menos escapar, y esa es la intención subjetiva de este libro; subjetiva, claro está, en un sentido tanto individual como colectivo. ¿Por qué temer al diablo? ¿Por qué escapar de él? Ese es el tipo de preguntas existenciales que este libro propondrá explícita e implícitamente. ¿Quién puede predecir las respuestas? ¿Quién sabe el final de un libro cuando comienza a escribirlo?

El lector ahora conoce las dudas y las tensiones internas que provocaron este libro. No obstante, le pedimos que se arriesgue con nosotros a viajar al infierno. Podemos prometerle que no será un viaje dantesco. Al contrario, traerá muchos placeres, incluso mayores que los de los cielos. Que esta promesa sirva de carnada, no menos diabólica por ser confesa.

## 2. LA INFANCIA DEL DIABLO

### 2.1. CÓMO NACIÓ

Cómo nació. Escrito está: en el principio creó Dios los cielos y la tierra. Cada palabra es misteriosa en esta frase. No queremos confundir la mente con los conceptos “crear” y “Dios” en nuestro intento por analizarla. “Dios” no es exactamente un concepto, pues apunta a los territorios de la fe y supera el terreno conceptual del pensamiento. El concepto “creación” contiene un problema de orden ético y estético, y solo podemos abordarlo de manera auténtica como artistas o como santos. Es preferible dejar, provisoriamente, esta complejidad de lado. Lo que queda de la frase citada, a saber, inicio, cielos y tierra, ya nos parece suficientemente difícil. Estos conceptos nos sorprenden y nos confunden por dos razones distintas. Sorprende por nuestra propia ingenuidad con la cual aceptamos como norma estos conceptos, sin darnos cuenta de su profundo significado. Y nos confunde el hecho de que el gigantesco tesoro de comentarios con el cual la ciencia y la filosofía han adornado la primera frase de la Biblia no logró aumentar o reducir su simple fascinación, que se preservó por todos estos miles de años. Nuestros sabios han logrado, es verdad, desplazar el inicio cada vez más hacia adentro del pozo abismal del tiempo. Han logrado dilatar, distorsionar y curvar los cielos, y darles dimensiones enteramente inimaginables. Han logrado redondear la Tierra, volverla pequeña y manipulable, y están dispuestos a abandonarla precariamente. Pero el principio sigue siendo el principio: los cielos siguen

siendo cielos y la Madre Tierra sigue abrigándonos en su regazo fértil, justo como en el primer día. Sin embargo, algo tentaba a la humanidad desde tiempos primordiales: quebrar los tres límites impuestos por la primera frase de la Biblia o, por lo menos, dilatarlos. Algo incitaba a los hombres a querer ver más allá del principio, a conquistar los cielos con sus instrumentos, o al menos con su espíritu, a liberarse de la tierra en sentido literal o, por lo menos, figurativo. Hablaremos de esos intentos al hablar de la ira. El diablo nunca se satisface con esas tres cadenas. Nuestra imaginación se niega a esbozar la situación hipotética en la que estos límites serán liquidados por el esfuerzo humano inspirado por el diablo. Un mundo infinito y un mundo eterno superan nuestra capacidad creativa. El diablo ha logrado flexibilizar los límites durante la historia del pensamiento; sin embargo, el espíritu los persigue en retroceso, como un gas en expansión, y sigue encadenado a ellos. En este punto es necesario introducir una consideración curiosa. Un mundo infinito es eterno e inimaginable, pero un mundo finito es pasajero y, al menos, igualmente inimaginable. El mundo infinito plantea el problema irresoluble de su limitación, y el mundo finito plantea el problema igualmente irresoluble de lo que hay más allá de los límites. Nuestros sabios enseñan actualmente que el mundo es finito. Es inimaginable lo que enseñan. Los fundadores de nuestras religiones enseñaban un mundo infinito. Es igualmente inimaginable su enseñanza. Nuestro intento de flexibilizar los límites es absurdo y, en este sentido, típicamente diabólico. Es el intento de escapar de un mundo inimaginable hacia otro igualmente inimaginable. Es intentar cambiar una irrealidad por otra. Desde este punto de vista, gran parte del esplendor del espíritu investigativo y progresista se pierde. Así, no podemos esperar que nuestros científicos nos aclaren la primera frase de la Biblia y que deshagan el aroma misterioso que la rodea. Cualquier juicio que formulen de ella será tan inimaginable como el juicio opuesto. Nos es impuesta la aceptación ingenua de esta primera frase.

2.1.1. La anterior consideración no devalúa el intento de una interpretación, desde un ángulo distinto, de la frase citada. Es evidente que “en el principio” se refiere al tiempo, y “cielos y tierra” se refiere al espacio. La frase dice que “los cielos y la tierra” se desenvuelven “en el principio”, y la imagen que se ofrece es la de una cuerda. Dios dio cuerda “en el principio”, y cuando la cuerda se acabe, el principio habrá terminado. Dios, donador de la cuerda, puede verla entera: para Él, el comienzo y el fin se confunden. Sin embargo, nuestra interpretación es ingenua, no puede ser correcta. Exige una reformulación de la frase. Debíó haberse escrito: “En los cielos y en la tierra creó Dios el principio”, pero esa reformulación es pura herejía. El diablo ya comienza a poseer nuestros pensamientos. Debemos retomar el contacto con la primera frase. Se debe aceptar literalmente su formulación, aunque sea oscura. En la oscuridad de su significado se esconde y se revela: es en el principio donde fueron creados cielos y tierra. En otras palabras: lo que fue creado es el espacio. El tiempo (“el principio”) no fue propiamente creado. Si este fuera el significado, es del todo incomprendible: no podemos concebir un tiempo independiente del espacio, y la física moderna enseña que el tiempo es una dimensión del espacio. Nuestra capacidad intelectual naufraga ante esta interpretación, si bien podemos concebir lo siguiente: al crear “cielos y tierra”, Dios arrancó un pedazo del “ser en sí”, del “ser puro”, para sumergirlo en la corriente del tiempo. Y esa corriente temporal altera el ser puro, lo vuelve fenoménico, pues lo arrastra consigo y lo somete a modificaciones sucesivas. Es en este sentido que fueron creados “cielos y tierra”, y es en este sentido que podemos concebir el significado de la frase.

En la introducción a este libro sugerimos la identificación entre el tiempo y el diablo. Él es el principio mismo de la modificación, del progreso y, por lo tanto, de la fenomenalización. Él es el principio de la transformación de realidad a irrealidad. Es lo que Guimarães Rosa tiene en mente al decir que el diablo no existe. La

corriente del tiempo, en la que Dios sumerge pedazos del ser para crear “cielos y tierra”, es el mismo diablo. El tiempo es increíble, no se puede creer en él. Kafka dice que no se puede tener fe en el diablo, porque no puede haber más diablo que el diablo, y es precisamente este proceso de creación el que Kafka tiene en mente. Para que la primera frase de la Biblia sea concebible, debería decir lo siguiente: “Dios creó espacio y tiempo”. O, para hablar kantianamente: “Dios creó las formas de ver” (*anschauungsformen*). O, para hablar conforme al espíritu de este libro: “Dios creó el mundo fenoménico y al diablo”. Esto, a mi parecer, vuelve concebible no solo la creación, sino también la caída del diablo. Esa caída es la misma corriente del tiempo y el progresivo alejamiento del mundo de sus orígenes.

**2.1.2.** En la formulación que acabamos de dar a la primera frase de la Biblia, el diablo aparece como creación principal del creador, como su obra maestra. Es idéntico al tiempo, pero también inspira al espacio, es él quien hace que el mundo sea nuestro mundo. Esta interpretación, esta identificación que hacemos entre diablo y mundo, es puritanismo radicalizado. Confieso que esta radicalidad nos asusta. Propongo, entonces, que nos moderemos voluntariamente; es una propuesta que hago por el bien del presente libro. ¿Cómo seguir escribiendo si se acepta la identidad diablo-mundo? La moderación que propongo reside en lo siguiente: aceptemos “cielos y tierra” como escenario del diablo, pero uno en el que actúa un segundo personaje. Aceptemos “cielos y tierra” como escenario de lucha entre el diablo y su opositor, que la Biblia llama “Dios”, pues no puede pronunciar su nombre. En el presente libro también se concibe así el escenario. De ahora en adelante, el diablo no será sino mera parte de la creación: la parte que hace sensible el mundo. Esta es, pues, la definición que propongo provisoriamente: el diablo es (en su aspecto externo) el flujo del tiempo gracias al cual aparecen los fenómenos. Esta definición tiene una segunda ventaja: poner al descubierto el carácter

ilusorio, engañoso, el carácter *maia*, que nuestra tradición atribuye al diablo. Trabajaremos con esa definición hasta nuevo aviso.

## 2.2. CÓMO JUEGA AL TROMPO

Nuestras consideraciones ya superan una primera instancia en la que ocurrió el nacimiento del diablo. Ya él comenzó su caída, y es nuestro deber seguir al joven diablillo hasta el primer pecado: rumbo a la lujuria, rumbo a la vida. La cosmogonía moderna describe el recorrido de esa caída, aunque tal vez no se dé cuenta del carácter diabólico del proceso que relata: afirma que “cielos y tierra” pueden, tal vez, no haber surgido juntos, pero que la tierra se condensó a partir de los cielos. Al existenciar las abstracciones matemáticas de esta cosmogonía moderna, y traduciendo sus proposiciones oscuras hacia el lenguaje de este libro, la imagen que nos pinta es la siguiente: “en el principio”, los “cielos” tuvieron una dimensión cero y un peso infinito. Funcionaron como un trompo en la caída del diablo; el diablo restalló el trompo de manera que el punto infinitamente pesado comenzó a girar como loco hasta desintegrarse. Pedazos de dimensiones gigantescas y pesos limitados se desprendieron desde el punto cero; millones y millones de millones de piezas se dispersaron en una carrera desenfrenada. Esta carrera continúa hasta el día de hoy: los fragmentos del trompo desintegrado huyen furiosamente el uno del otro, y también de su centro abandonado. En esta fuga precipitada, los pedazos a su vez se desintegran, formando nuevos trompos subalternos. Nuestra Madre Tierra es un fragmento de un fragmento del primer trompo. La rotación diabólica, provocada por el primer restalle, continúa en un impulso constante, animando en su fuga a todos los pedazos. Las piezas mayores (las “nebulosas espirales”) siguen girando y escapando unas de otras y de su centro, en rumbo a la nada. Huyen del cero al cero, como le conviene a un juguete diabólico.

En ese escape de la nada hacia la nada, los pedazos transforman masa en energía. Se vuelven siempre “mayores” y “más livianos”, y el mundo entero se vuelve siempre “mayor” y “más liviano”. El “principio” de la explosión del trompo fueron los cielos infinitamente pequeños e infinitamente pesados. El final de la explosión serán los cielos infinitamente grandes e infinitamente livianos. Si bien es comprensible, el estado actual e intermedio de los cielos es un mundo de dimensiones y peso infinitos.

**2.2.1.** Este es el mito de la cosmogonía moderna. Intentemos interpretarlo. Desde el punto de vista de las huestes celestes, no representa un problema: para los ángeles y otros “seres en sí” es evidente que toda la explosión que nos cuenta la cosmogonía es ilusoria, que no tiene nada que ver con la realidad. El mundo fenoménico es irreal; es evidente, por lo tanto, que sus fases aparentes también lo sean. El principio es la dimensión cero, es nada; el fin es el peso cero, y por lo tanto también es nada; el estado intermedio actual es fantasmagoría del diablo. Sin embargo, desde el punto de vista diabólico, la interpretación del mito es distinta. Para el diablo esta es una historia maravillosa que narra el surgimiento de la realidad, que cuenta cómo las cosas surgen de la nada. Las nebulosas, las estrellas, los planetas, las lunas son producto de una actividad creadora *ex nihilo*: son obras. Es obvio que una obra creada tiene un carácter explosivo y violento, ya que es producto del arte del diablo, pero el carácter catastrófico e infernal de los cielos es apenas uno de sus aspectos. Hay otro: el aspecto de la rotación del trompo, que es armónico. Los astros siguen círculos, elipses y parábolas de una belleza cristalina, movimiento que son consecuencia perfecta de la rotación primigenia y tendrán consecuencias igualmente perfectas. Así surge, en nuestras consideraciones, la primera tensión dialéctica del carácter del diablo, una tensión ilustrada por el cielo estrellado: su obra de arte infantil. La explosión que da origen a esa obra es catastrófica, pero las reglas que la rigen son leyes; es decir, parecen excluir catástrofes futuras. Ya desde la infancia podemos descubrir la duplicidad del carácter

## ÍNDICE

PREFACIO	9
1. INTRODUCCIÓN	13
2. LA INFANCIA DEL DIABLO	23
3. LA LUJURIA	49
4. LA IRA	109
5. LA GULA	127
6. LA ENVIDIA Y LA AVARICIA	147
7. LA SOBERBIA	171
8. LA PEREZA Y LA TRISTEZA DEL CORAZÓN	205
9. <i>POST SCRIPTUM</i>	233

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



**COMPRAR LIBRO**

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA